

Reflexiones sobre la cultura de la violencia en México

Autor: Alfonso Hernández Gómez

Abstract:

El presente ensayo expone algunos conceptos mezclados de ejemplos etnográficos y testimonios, que nos permiten comprender las características principales de las manifestaciones culturales que reproducen y legitiman la violencia en nuestra sociedad. Igualmente analiza algunas pautas de cómo se transmite socialmente y se implanta en la cultura misma para naturalizarse. Aborda como ejemplo el fenómeno de la narcocultura, como un caso paradigmático de este tipo de expresión cultural en nuestro país.

Palabras clave:

Habitus, violencia cultural, violencia simbólica, cultura callejera, narco-cultura, barrio, juventud, gestión cultural, industrias culturales y prevención de la violencia.

LA CULTURA y LAS VIOLENCIAS

Para considerar este tema, es preciso considerar la complejidad y diversidad tanto de la cultura y de la violencia, considerándolas en plural, ya que cada cultura configura las formas sociales de la violencia de acuerdo a sus propios significados, los cuales son históricos y dependen de la movilidad humana. Por otro lado no hay solo La violencia, como un fenómeno singular y único, sino Las violencias, como

una multiplicidad de manifestaciones y actos que pueden ser considerados violentos; o sea, que tienen la intención de dañar y herir al otro, provocando incluso la pérdida de la vida, la dignidad o la imposibilidad de alcanzar el desarrollo humano mínimo (Galtung, 1996).

Una manifestación contemporánea muy visible de la violencia es su transformación en imagen y mercancía cultural, organizando la sensibilidad para aceptar pasivamente su inmersión en la vida social. Este fenómeno manifiesta una *violencia simbólica* (Bourdieu) que se traduce en una *violencia cultural*, comprendiendo la interiorización cognitiva de la violencia como un proceso simbólico, que produce significaciones sociales que son resultado de la normalización y adaptación a la violencia directa de forma constante.

Refiriéndose al plano de la violencia simbólica, que en Bourdieu “es la violencia que es ejercida sobre un agente social con el consentimiento de él o ella.”¹; en el contexto de las zonas más vulnerables a la violencia, esta complicidad implica más bien la normalización y aceptación de las cosas como son, *por el mero hecho de tomar las cosas por dadas, de aceptar el mundo como es, y de verlo como natural porque su mente está construida de acuerdo a las estructuras cognitivas que están conformadas.* (Bourdieu, 2004: 227)

Algunos ejemplos de estas construcciones culturales de la violencia pueden ser: el macho hetero-patriarcal, para quien la violencia es un símbolo de autoafirmación de virilidad; la figura del soldado-héroe, que legitima el discurso de

la guerra; la aceptación del derecho del más fuerte, la superioridad de raza, género, entre otros. Este tipo de *cultura de la violencia* es el resultado a nivel socio-cultural de lo que Pierre Bourdieu denominaba *violencia simbólica*, la cual es la relación de dominación que se manifiesta en formas veladas de violencia, las cuales se aceptan como inevitables y se incorporan de forma acrítica y normalizada en la vida social.

En términos generales, llamar la atención sobre las formas en las que la violencia íntima se conecta con las formas invisibles de la violencia simbólica, estructural y normalizada que se superponen y se traslapan en un continuo, es particularmente importante en la era contemporánea de neoliberalismo globalizado cuando la creciente ostentación de acciones abusivas criminales, delincuenciales y auto-infligidas oscurece las jerarquías de poder históricamente arraigadas que imponen un sufrimiento desproporcionado sobre los pobres, según patrones predecibles. (Bourgois, 2009:29)

En contextos de violencia extrema, como en una guerra o genocidio, la violencia se re-produce e incorpora a la vida cotidiana, ya que todos los tipos de violencia se relacionan y alimentan mutuamente; la violencia no se encuentra de forma aislada, sino que es dinámica y se expresa de múltiples formas, una de las cuales sería la llamada *cultura de la violencia*.

La “**cultura de la violencia**” se podría definir como los procesos simbólicos por medio de los cuales la violencia genera significaciones, reproduce valores,

sentidos de vida, emociones y construcciones identitarias; las cuales son producto de las condiciones materiales, contextos, territorios y procesos estructurales de violencia: ésta se interioriza mentalmente y corporaliza.

Ante la crudeza de la violencia a la que se acostumbraron los habitantes de los barrios en los que se ha desarrollado esta investigación, la forma de vida se altera y se generan nuevas prácticas sociales, determinadas por la presencia latente del peligro y la vivencia constante del miedo. Pero cabe preguntarse: ¿cómo impactan en la cultura la producción de imágenes violentas?, ¿cuáles son los efectos de la violencia cotidiana en la organización de una sociedad?, ¿qué sentido adquiere la violencia en un contexto en el cual se la vive a diario?

Como ejemplo de estas situaciones, al convivir he logrado documentar pláticas en Tepito, con niños y adolescentes de entre los 8-13 años, que versan sobre asesinatos, drogas y violencia; ellos manifiestan este “acostumbrarse” a la violencia con frases que la normalizan y asumiendo que eso siempre ha pasado. Algunos de estos niños asisten cada primero de mes a la celebración de la Santa Muerte y han presenciado algunas escenas de violencia como homicidios o golpizas. La forma en la que hablan de eso hechos me hacen pensar en cómo la violencia puede ser normalizada y aceptada como forma de relación con el entorno y con los demás, estructurando no sólo las formas de la socialidad, sino igualmente la propia construcción de identidad individual.

La cercanía de la muerte y la experiencia con hechos violentos van haciendo mella en la vida de las personas, generando una serie de estrategias de

sobrevivencia, resguardo, vigilancia y agresividad autodefensiva, que da forma y sentido a las relaciones sociales. Además de la violencia a la que están expuestos en su barrio o colonia, esa misma violencia también se puede reproducir en las familias al interior de los hogares, siendo el núcleo familiar el primer espacio social de reproducción de la violencia.

Lourdes, trabajadora comunitaria que vive en la colonia Anapra, en Cd. Juárez, me ofreció un panorama muy interno de las condiciones de la niñez en esa colonia marginal de Juárez, en sus palabras se encontró con: *una niñez bien dañada, pero bien dañada, ahí fue cuando comencé a hacer algo aquí. Me topé con niños de 12 años ya con “agua celeste” (inhalables).*² Ella ha trabajado en una de las colonias más sensibles de Cd. Juárez con niños hambrientos consumiendo drogas, hijos de polleros, prostitutas, drogadictos y narcotraficantes. En un contexto como el que ella ha vivido, ha visto crecer a esos niños y convertirse en narcotraficantes o sicarios para después morir. El proceso que ella ha presenciado no deja la menor duda de que la segregación, la desigualdad rodeada de violencia y la falta de reconocimiento; determinan en mucho la incorporación al crimen organizado de los jóvenes que pueblan estos límites de la sociedad.

Otra forma en la que se manifiesta esta cultura de la violencia, son los procesos de construcción de identidad basados en la pertenencia a un territorio, como el caso de “los barrios” y pandillas juveniles. Este fenómeno que tiene muchos nombres: crews, clikas, barrios, gangas, maras, etc.; expresa en toda su

² Entrevista con Ma. de Lourdes Contreras Castañeda, 14 de septiembre del 2015, en su domicilio en colonia Anapra, Cd. Juárez, México.

plenitud el problema de la violencia y su relación con los grupos vulnerables, en especial los jóvenes.

En una entrevista con Tony Briones, promotor comunitario y ex miembro de pandillas en Cd. Juárez, me explicó este comportamiento violento de los jóvenes, desde su propia experiencia. La pertenencia a la pandilla o “barrio”, es fundamental en el desarrollo de los jóvenes que viven en las colonias más marginadas del país. Como parte de su socialidad, la violencia es un eje articulador, pero también lo es una afectividad especial, una identidad y sentido de pertenencia que hacen que los jóvenes rápidamente se incorporen e identifiquen con su “barrio”.

(...) Somos chavos de barrio, que, pues este rollo de crecer en las calles, crecer en tu comunidad, el encontrarte con otros jóvenes con las mismas características de vida que las tuyas, pues es como se genera este grupo, que al final de cuentas eso es algo muy natural el agruparse, el juntarse con otros iguales a ti (...) aquí el grupo le denominan pandilla o “barrio”; y es así como yo, desde los 8 años, pues empecé a conocer a la calle (...) Conforme vamos creciendo, pues nos vamos dando cuenta de las demás características que hay en el “barrio”, ya empiezas a notar que hay drogas, que hay que defender el territorio, lo cual nos llevaba a pelearnos con otras pandillas, de otros sectores de la ciudad y de aquí de las colonias. (...) y se cuidaba y se respetaba el barrio, porque “el barrio” era visto como la casa. Y al final de cuentas, “el

*barrio” se convierte en eso, en la familia, en la casa, el hogar donde uno está (...)*³

El complejo proceso que los lleva a ser miembros de un “barrio” a formar parte de la estructura de la delincuencia organizada, puede ser muy fácil, tan solo puede llevar unos meses y no hay muchas posibilidades de elección. Patrones culturales como el machismo, que exalta la valentía y bravura, el “no rajarse”, aunado a las condiciones materiales de vida, dan como resultado una proclividad a la violencia que determina el futuro de generaciones de jóvenes de los enclaves marginales de México en la actualidad y les orilla a la prisión o muerte segura.⁴ Las condiciones socioeconómicas, pero también culturales, pueden llevar a un joven de entre 14-18 años a convertirse en sicario, secuestrador o torturador, movido no sólo por el interés monetario, sino por factores emocionales y subjetivos de resentimiento contra la sociedad que los ha excluido: *“Es tanto resentimiento hacia la sociedad, porque son años y años y años de abandono, que lo mínimo que ahorita un joven hace es matar por dinero”*.⁵

Otro tema que me interesa resaltar es el fenómeno de la llamada “narco-cultura”, un fenómeno surgido en Colombia en la época de Pablo Escobar y que se sigue reproduciendo de diversas formas como industrias culturales. Este fenómeno nos permite ver otra forma de manifestación de esta cultura de la violencia, pero en su calidad de imagen y mercancía. La figura del narco se ha

³ Entrevista con Tony Briones, 7 de septiembre del 2015. Colonia 16 de septiembre, Cd. Juárez, México.

⁴ El promedio de vida de un joven involucrado en el crimen organizado es de 25 años, según testimonios de promotores comunitarios de Cd. Juárez que trabajan con jóvenes que trabajan en el narcotráfico.

⁵ Entrevista con Tony Briones, 7 de septiembre del 2015. Colonia 16 de septiembre, Cd. Juárez, México.

expandido como una nueva industria cultural, teniendo como principales canales de difusión el internet, la música, el cine, las series de televisión, los videojuegos, entre otras. Esta nueva ola de oferta de productos culturales ligados al narco y la delincuencia, tanto en México como en EEUU, responde no solo a la industria del crimen organizado que la promueve, sino a la reproducción cultural de la violencia que esta industria cultural normaliza y cuya respuesta social es de aceptación y “fascinación”. ¿Cómo negar la importancia de los “narco-corridos” en la construcción simbólica del mexicano valiente, arriesgado y que logra el éxito por medio del tráfico de drogas a EEUU?

De esta forma se ha incorporado la imagen del narco en la propia cultura mexicana. El culto a la violencia y al poder son los ejes fundamentales de su actuación social, como base de su reconocimiento y su poder de atracción. La narco-cultura promueve un ideal del macho rico y poderoso, que las clases y núcleos sociales marginales adoptan como modelos de éxito social.

A este respecto quisiera mencionar el documental titulado *Narco cultura*.⁶ Este filme nos enfrenta a la brutalidad de la violencia en Cd. Juárez al tiempo que nos presenta el fenómeno de una industria cultural que vende la imagen de los narcos y sicarios como modelos atractivos. El video muestra la vida de un cantante de corridos de sicarios y narcotraficantes en Los Ángeles y la vida de un inspector forense en Cd. Juárez; los contrastes y el movimiento de identidades resultan muy potentes.

⁶Realizado por el periodista de guerra Saul Schwarz y lanzado al cine en el 2014.

Algunos de los símbolos que más se promueven en este tipo de producciones culturales son las armas, carros de lujo, dinero, mujeres, drogas y grandes mansiones; todos ellos símbolos de lo que Sayak Valencia ha definido como *capitalismo gore* (Valencia, 2010). Todas esas imágenes que se transmiten a través de la música como los narco-corridos y el “movimiento alterado”, promueven la sobre-explotación de las imágenes de violencia como símbolos de poder y estimuladores de deseos. Esto empata muy bien con los medios de comunicación que saturaron de imágenes violentas a la sociedad durante varios años.

El narcotraficante ocupa el lugar de triunfo y el ideal de ascenso social que el Estado y el modelo económico nacional no alcanzaron nunca a cumplir. La necesidad de autoafirmación a través del consumo tiene su realización efímera en la entrada al narco o al sicariato. Ambas ocupaciones se ofrecen a los jóvenes que buscan ganar reconocimiento social, aunque esta aspiración es generalmente efímera, bajo el supuesto básico de que “nadie tiene la vida comprada”. La muerte como algo inevitable hace que la vida corta pero en abundancia valga más la pena. Al fin y al cabo en ese lapso de tiempo tienen la vida que siempre quisieron, cristalizando el ideal de llegar a “ser alguien”.

CONCLUSIÓN

Entender la normalización de la violencia, no solo es relevante desde el estudio de las nuevas manifestaciones culturales, sino como parte de los nuevos

imaginarios sociales que estas imágenes promueven y sus efectos en la sociedad. En la construcción de sentido de los niños y jóvenes en la periferia de las ciudades, donde más impacto tiene la violencia; el pandillero, el narco, el gangster, el policía corrupto son las figuras que rigen las construcciones sociales del éxito personal y la realización. Este “consumo de la violencia” conforma ese *habitus* también, en el cual los jóvenes se sienten atraídos hacia las formas de vida de la narco-cultura y los estereotipos culturales que promueven violencia o la ensalzan. Las manifestaciones culturales se convierten en un medio más de reproducción y transmisión de la violencia en la sociedad y transforma las representaciones sociales y las valoraciones respecto a ésta. La cultura tiene un rol central en este proceso de normalización y aumento de la violencia, por lo que podemos considerarla un ámbito privilegiado de acción también en su contra.

BIBLIOGRAFÍA

- Balcázar Villareal, Manuel comp. (2012), *Pandillas en el s. XXI. El reto de su inclusión en el desarrollo nacional*, SSP-CIDE, México.
- Bourgois, Phillipe, (2010), “*Recognizing Invisible Violence: A Thirty-Year Ethnographic Retrospective.*” In: “Global Health in Times of Violence”, Barbara Rylko-Bauer, Linda Whiteford, and Paul Farmer, eds. Santa Fe, NM: School for Advanced Research Press, USA.
- Bourgois, Phillipe, (2010), *En busca de respeto, vendiendo crack en Harlem*, S.XXI, México.
- Bourdieu, Pierre, *El sentido práctico*, Taurus Ediciones, Madrid, 1991.
- García Canclini, Néstor, *Cultura híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Grijalbo-CNCA, México, 1990.
- Galtung, Johan, (1996), *Peace by peaceful means. Peace and conflict, development and civilization*, Sage Publications, United Kingdom.
- Scheper-Hughes, Bourgois, Phillippe, (eds.), (2004), *Violence in war and peace. An anthology*, Blackwell Publishers, USA.
- Valencia, Sayak (2010), *Capitalismo gore*, Editorial Melusina, España.